

PANTEÓN DE LA SANTA VERACRUZ EL MUSEO DE LA MUERTE

Ubaldo Neftalí Sáenz Bárcenas
Cronista de San Juan del Río

Este es uno de los cementerios más hermosos del mundo, tiene todas las características de lo que era la arquitectura funeraria del siglo XIX: poesía, escultura, pintura y por supuesto -cuando entraban las procesiones- la danza y el canto. Todo esto lo convierte en un museo único en su género, indudablemente es una joya de Querétaro.

Este panteón se construye entre los años 1853 y 1857, gracias al proyecto presentado por los señores Felicitas Osornio, Guadalupe Perusquía y Melesio Alcántara al Ilustre Ayuntamiento. A razón de que en 1840 se genera la determinación de ya no realizar entierros dentro de los templos, ni en los atrios de estos, y de fincar panteones civiles en los que serían sepultados difuntos de todas las clases sociales, surge la necesidad (al menos de los de la alta sociedad sanjuanense) de construir su propio panteón, para no ser mezclados con las otras seis clases sociales inferiores que había en aquel tiempo en San Juan del Río. Para tal efecto, estas personas compran, mediante cooperación, el terreno trasero a la capilla del Calvario para edificarlo, paradójicamente, en el barrio de indígenas. La arquitectura es de estilo neoclásico afrancesado, de pequeñas dimensiones, ya que como lo expresamos se contemplaba sepultar aquí sólo a la alta burguesía local.

La particularidad de este panteón, es que fue construido al borde de un peñasco conocido en la ciudad como Las Peñitas, que fue una zona habitacional prehispánica donde se fundó uno de los barrios más antiguos de la ciudad, el barrio del Calvario, al sureste del hoy casco histórico. Este barrio de indios estaba a las afueras del entonces pueblo. En la cima de entrada a él, se edificó un pequeño templo que hasta hoy se conoce como la capilla del Calvario y que tiene sus antecedentes en el último tercio del siglo XVI. A espaldas de este templo es que se proyectó construir el panteón de la Santa Veracruz, que adquiere su nombre en referencia precisamente a la Vera Cruz (“Verdadera” Cruz) o Santa Cruz, aquella en la que, según la tradición cristiana, fue crucificado Jesús de Nazaret y que en el catolicismo, la Iglesia ortodoxa y parcialmente la anglicana, se la considera una Reliquia de Primer Orden, en memoria de la Pasión de Cristo. Este peñasco es de cantera morena, de esa que en San Juan del Río abunda, en lo particular en estas peñas que se encuentran a la vera del río San Juan, el que le da el nombre a la ciudad. Desde tiempos prehispánicos en estas peñas, tanto en la cúspide como en las partes bajas, se asentaron los primeros pobladores de Iztacchichimecapan (nombre antiguo de San Juan del Río), el centro ceremonial y las zonas habitacionales. Los españoles, a su llegada en las conquistas, encontraron pues un poblado ya definido, con organización propia, al que pusieron el nombre de San Juan, por haber sido fundado por ellos el 24 de junio, día de San Juan Bautista, y “del Río” por el caudaloso que baña sus orillas. Hoy en día es común encontrar vestigios de vasijas, obsidias y figurillas arqueológicas en esta zona que hoy ha sido cubierta por colonias modernas y diversos objetos utilizados en las prácticas y cultos cristianos relacionados con la muerte. También se exhiben pinturas y fotografías de los angelitos muertos desde el siglo XVIII al XX, una colección de esquelas del siglo XIX y XX y escrituras de sitios para enterramiento del siglo XIX. La muerte Laica, es indudablemente el objeto más valioso que se exhibe en el museo, es el propio panteón de la Santa Veracruz, ejemplo relevante del panteón laico que se constituye en Europa a partir del siglo XVIII con las ideas de la Ilustración. Finalmente, el aspecto de la muerte en la cultura popular contemporánea comprende algunas manifestaciones populares como la veneración que de los muertos y las calaveras se hace en el arte, así como la interpretación contemporánea de la ofrenda de muertos, concebida en el marco de una especie de nacionalismo cultural.

El panteón tiene tres áreas para sepulcros: una dispuesta en dos patios divididos por un desnivel de tumbas sobre el piso (las más antiguas con la concepción colonial, es decir, a ras del suelo) y otras con monumentos según el ritual de la época y la influencia de la mazonería que es muy fácil de identificar porque son las tumbas con pirámides truncadas lo que significa que eran protestantes, entre otros elementos; las otras dos áreas son en muros con criptas en el llamado columbario y en la capilla de paso. Cuenta con trescientas tumbas en el piso y más de ciento setenta criptas en el columbario y en el interior de una pequeña capilla de paso o tránsito, misma que servía para dar el último rito al cuerpo presente antes de ser sepultado. Algunas de las tumbas contienen varias osamentas, es decir, en una misma tumba se depositaron más de un difunto, por lo general familiares; esto implica que en este panteón permanecen de forma perpetua poco más de mil difuntos. Al ser, como ya dijimos, un peñasco, se tuvo que labrar la roca viva para hacer la cavidad en la que se depositaron los difuntos en las tumbas del piso. La tumba que más sobresale está dispuesta al centro de ambos patios, pertenece a don Felicitas Osornio. Este monumento funerario presenta cuatro caras que contenían versos pintados dedicados a la muerte; cada cara remata con relieves de los representantes eclesiásticos con el tocado de los diferentes poderes: papa, cardenal, obispo y sacerdote. Sobre todo esto se destaca un mundo con una serpiente enredada que representa el mal y sobre ella se imponía una inmensa cruz que representa el triunfo de la Santa Vera Cruz. Esta cruz, con parte del mundo y serpiente, cayó en algún tiempo y sus piezas se conservan dispuestas en lugares estratégicos del panteón.

Existe un osario, lugar en el que se depositaban los restos de los difuntos que no pagaban la perpetuidad. En el interior de este espacio se puede apreciar una hermosa pintura al fresco dedicada a las almas del purgatorio consumiéndose entre las llamas de la prisión de fuego, copia de un lienzo original que se encuentra oculto al público en la antigua Parroquia de Españoles, hoy Santuario Diocesano de Nuestra Señora de Guadalupe en esta ciudad.



Fue en el año 1857 cuando se depositan los primeros restos mortales, siendo estos de la señora Victoriana Cervantes de Martínez fallecida el 20 de febrero de aquel año, reposan a perpetuidad. El último difunto depositado aquí fue el infante José Edgardo Landeras Layseca, fallecido el 17 de diciembre de 1967, a los 44 días de nacido. Este cementerio brindó servicio durante 110 años. Fue en 1967, cuando se clausura el panteón por ya no tener lugar para entierros debido a que todo estaba comprometido a perpetuidad. El panteón fue totalmente abandonado a partir de ese año.

La benefactora Rafaela Díaz y Torres, y el coronel insurgente Juan Bernardo Domínguez y Gálvez son personajes ilustres de San Juan del Río que están sepultados en este lugar.

El primer museo en San Juan del Río da origen al Museo de la Muerte

La idea de abrir este museo surge a finales de la década de los años 70 del siglo XX, a iniciativa de don Palemón Cabrera y José Ugalde Campos, apoyados por personas generosas como doña Concepción L. Viuda de Gómez, Moisés Romero, Jesús Badillo, Ángeles Salas y muchos más habitantes de San Juan del Río, quienes propician la reconstrucción del techo del corredor principal del panteón y la dotación de bancas al templo del Calvario. El encargado de las obras fue don José Ugalde Campos; Palemón Cabrera con toda su perseverancia la hizo de jardinero, logrando hermostrar con diferentes plantas las terrazas del panteón. Por su parte don Nemesio Olgún toma el papel de tesorero, logrando cooperaciones si no muy cuantiosas, sí lo suficientes para realizar algunas obras. El 6 de abril de 1977 queda legalmente constituida la Asociación Civil Pro-Museo Local, treinta personas firman como socios fundadores, durante este acto se lleva a cabo la primera exposición arqueológica en la feria de San Juan del Río, con el lema "Iniciamos con lo que será el tesoro cultural de nuestra región".



Para el año 1981, el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), el Gobierno del Estado de Querétaro y el Municipio de San Juan del Río rescatan el inmueble y lo habilitan para albergar el primer museo de la ciudad que intentaban fuera de historia pero fue dedicado a la arqueología local siendo exhibidas piezas encontradas principalmente en la zona de La Estancia y El Rosario (comunidades rurales ubicadas en inmediaciones de la Presa Constitución de 1917) y en el Barrio de la Cruz en menor cantidad. Estas piezas fueron donadas por particulares quienes las tenían en colección. Para que se cumpliera el cometido se tuvo que construir una sala en un pequeño terreno que existía entre la sacristía del templo del Calvario y la entrada del panteón que al parecer funcionó como pequeña huerta o traspatio del templo. La construcción y detalles arquitectónicos fueron copiados de forma exacta a la fisonomía del edificio para integrarlo. Este primer museo fue inaugurado el 24 de junio de 1981, con motivo del aniversario 450 de la fundación de San Juan del Río.

Para 1990 estos vestigios prehispánicos se trasladan a otro sitio recién restaurado localizado frente a la antigua plazuela del Sacro Monte denominado como Centro Histórico y Cultural (antiguas Casas Consistoriales y cárcel virreinales), y el museo del panteón sólo presentó exposiciones temporales. En los años siguientes, la antropóloga Sonia Butze presenta un proyecto interinstitucional para crear un museo dedicado a la muerte. Butze fungió como directora de este primer museo de arqueología. Es ella quien invita a la reconocida historiadora Elsa Malvido, investigadora del INAH, especializada en historia de la muerte, del suicidio, de la tortura, del hambre y de las epidemias en México, quien hace la curaduría. Malvido vivió por tres meses en San Juan del Río, mediante el hospedaje y alimentación que personas de la ciudad le brindaron a cambio para lograr el museo. Formó el acervo del nuevo Museo de la Muerte mediante donaciones voluntarias de diversas personas a favor de la realización del mismo.

El Museo de la Muerte, es realidad desde el año 1997, fue inaugurado también el 24 de junio. Este edificio constituye un museo de sitio, ya que se conservan las lápidas originales, algunas de las cuales datan del siglo XIX, además se integran cédulas y objetos que lo completan. Este singular espacio, expresa con toda su identidad, su misterio y su carga simbólica a la muerte como fenómeno cultural, al igual que un componente central e ineludible de la vida y el pensamiento de los hombres en cualquier sociedad. Este recinto cultural presenta en sus rasgos generales la evolución de las mentalidades, las prácticas rituales y religiosas sobre la muerte en esta región y en nuestro país, abordando el tema en cuatro grandes momentos: La muerte en Mesoamérica, mediante la reconstrucción de un entierro prehispánico encontrado en el Barrio de la Cruz, a partir de lo cual se presentan algunas deidades y costumbres funerarias de los antiguos pobladores de la región: Chupícuaro y otomiano. La muerte en la Nueva España, forma la mayor parte del espacio que constituye esta época y se dedica a presentar las actitudes y conceptos religiosos sobre la muerte, así como los ritos y costumbres funerarias que se desarrollan en este país a partir de la llamada conquista espiritual y la implantación del catolicismo en la Nueva España. En esta sección del museo se realiza la escenificación de una monja muerta coronada, ataviada con sus hábitos y coronada con flores, apoyada por los ritos mortuorios propios en su celda, en este caso, de la hermanas de la Tercera Orden de San Francisco de Asís, quienes tienen un monasterio en San Juan del Río, fundado en 1683, y que sigue en funciones. En esta celda del museo se encuentra una pintura del siglo XVIII que imprime a la madre fundadora de este monasterio (antes beaterio) y, por otra parte, una fotografía reciente de otra monja, ambas muertas y coronadas. También se puede observar la reconstrucción de un altar mayor, frente al cual y dentro de la nave de los templos, se acostumbraba enterrar a los difuntos de mayor jerarquía social o religiosa. También se exhibe un enterramiento indígena de la época del primer contacto con los conquistadores españoles, así como réplicas de túmulo funerario y diversos objetos utilizados en las prácticas y cultos cristianos relacionados con la muerte. También se exhiben pinturas y fotografías de los angelitos muertos desde el siglo XVIII al XX, una colección de esquelas del siglo XIX y XX y escrituras de sitios para enterramiento del siglo XIX. La muerte Laica, es indudablemente el objeto más valioso que se exhibe en el museo, es el propio panteón de la Santa Veracruz, ejemplo relevante del panteón laico que se constituye en Europa a partir del siglo XVIII con las ideas de la Ilustración. Finalmente, el aspecto de la muerte en la cultura popular contemporánea comprende algunas manifestaciones populares como la veneración que de los muertos y las calaveras se hace en el arte, así como la interpretación contemporánea de la ofrenda de muertos, concebida en el marco de una especie de nacionalismo cultural.

